

*La sociedad corintia en la guerra del Peloponeso**

César FORNIS

RESUMEN

El artículo aquí presentado trata de acercarnos a la estructura y organización de la sociedad corintia en el último cuarto del siglo V a.C., cuando se encontraba inmersa en un conflicto en cuyas causas había participado activamente. Con el apoyo de la arqueología veremos como la Guerra del Peloponeso supuso un considerable desgaste económico que, sin embargo, no trajo consigo, al menos aparentemente, el estallido de la *stasis* o lucha civil en el seno de las diferentes capas sociales.

En las *aitiai* del relato tucidideo sobre la Guerra del Peloponeso el estado corintio ocupa un papel esencial, por encima del desempeñado por Esparta como cabeza de la Liga del Peloponeso. Aunque la historiografía moderna ha reconocido alguna vez este hecho, no ha servido ni mucho menos para ensombrecer la jugosa disputa entablada entre los dos *hegemonas* griegos por la primacía en la Hélade como la fuente y razón esencial de la guerra. Por ello no estará de más analizar en este artículo la constitución, estructura y organización que adoptaba la sociedad corintia del último tercio del siglo V, una sociedad que, al menos en principio, tan vehementemente deseaba una conflagración que habría de alcanzar a buena parte del mundo griego.

* Este artículo se ha beneficiado del siempre enriquecedor espíritu crítico del profesor Domingo Plácido. Asimismo, me gustaría agradecer a la Fundación Cajamadrid la concesión de una ayuda posdoctoral que ha contribuido a hacer posible el estudio aquí presentado.

Un primer punto relevante con que nos encontramos es el hecho de que los miembros de la oligarquía dirigente no parecen haber encontrado una dura oposición a su gobierno como consecuencia de una contienda que ellos habían prometido fácil de vencer, ni la ciudad se vio afectada, al menos aparentemente, por la *stasis* o conflicto civil. Pero, ¿todos los corintios estaban de acuerdo en llevar adelante el contencioso bélico contra la *arche* ateniense? Difícilmente. Es muy posible que a esta conclusión se llegase después de arduos debates en la Asamblea, similares a los que Tucídides nos muestra que tuvieron lugar en Esparta y Atenas, con posturas enfrentadas (*diaphora*) de las que sólo una termina por imponerse a las demás (*kratos*). También en Corinto es la Asamblea que reúne a la ciudadanía de pleno derecho la institución soberana y más representativa, expresión del carácter orgánico de la *polis* en su significado ante todo de ciudadanos que se gobiernan a sí mismos¹. De la importancia de esta Asamblea (*ξύλλογος*) en los asuntos públicos da fe el mismo Tucídides (5.30.5) cuando los embajadores argivos proponentes de una alianza son remitidos a su próxima convocatoria², así como su aparición en primer término en los decretos honoríficos corintios, incluidas las concesiones de *proxenia* y *evergesia*, lo que indica su competencia en relaciones exteriores. No obstante, no podemos perder de vista que nos encontramos ante un régimen oligárquico, por muy flexible y amplio que éste pueda parecer, que dispone de los mecanismos necesarios para controlar y encauzar en su propio interés las disposiciones y medidas discutidas en estas reuniones (*vid. infra*).

Por otra parte, como ha avisado Nicole Loraux³, tampoco podemos dejar de tener presente que las fuentes literarias se muestran reacias a dar a

¹ Al igual que J. B. SALMON, *Wealthy Corinth. A History of the City to 338 B.C.*, Oxford 1984, 236 pienso que la Asamblea corintia no excluiría más que a una minoría de ciudadanos, ya que de otra forma las tensiones internas generadas por la privación de derechos políticos a una mayoría hubieran acabado por estallar en disturbios civiles y como tales hubieran sido recogidos por las fuentes, tanto más en una ciudad tradicionalmente abierta a ideas y gentes foráneas. Sobre la soberanía de las Asambleas en regímenes oligárquicos, véase Cl. MOSSÉ, *Les institutions grecques*, París 1967, 106.

² Sobre la utilización del término *xyllogos*, «reunión», en la obra tucididea, cfr. J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 232 con n. 4. Testimonio de la existencia y elevadas funciones de la Asamblea corintia es también el decreto de Delos, líneas 9-10 (cfr. L. ROBERT, «Un décret dorien trouvé à Délos», *Hellenica* 5, 1948, 6). Por contra, un autor tardío como Plutarco (*Dio* 53.2-4) dice que «son pocos los asuntos públicos que se discuten en la Asamblea corintia». Véase también K. K. SMITH, «Greek Inscriptions from Corinth», *AJA* 23, 1919, 339-340.

³ «Reflections of the Greek city on unity and division», en A. MOLHO, K. RAAFLAUB y J. EMLÉN (eds.), *Citi-states in Classical Antiquity and Medieval Italy*, Stuttgart 1991, 48-50, que lleva su exposición hasta concluir que la división es innata al concepto de ciudad y ésta la porta en su seno potencialmente.

conocer los disturbios sociopolíticos internos y, más específicamente, los brotes de *stasis*, al tratarse de un fenómeno desintegrador de la unidad de la *polis*, unidad teórica e ideal que, por mucho que trate de ser preservada por los autores antiguos, no deja de estar amenazada de forma endémica por unas disensiones subyacentes que afloran ante cualquier atisbo de crisis. Recientemente, en la introducción del libro que él mismo coedita, Graham Shipley ha puesto de manifiesto una vez más que «en su sentido más profundo las guerras son siempre ocasionadas por la percepción de intereses de un grupo y la preocupación por su bienestar material»⁴. La guerra, y asociada a ella el florecimiento de la piratería, alteran o incluso destruyen los cimientos de la comunidad y son especialmente perjudiciales para los estados que, como Corinto, cuentan con un importante número de ciudadanos vinculados a intereses comerciales, pero es precisamente la amenaza a este comercio y a las tasas generadas por el mismo en Occidente, peligro extensible también al apacible control de su pequeño imperio colonial en el noroeste continental, lo que motivará que el grupo político en el poder se sumerja en un largo e incierto conflicto que nunca habría deseado. Si bien es cierto que la guerra provee ocasiones para la apropiación de bienes, también lo es que su falta de regularidad hace imposible descansar en ella la perspectiva de unos ingresos continuados, sobre todo para las clases acomodadas⁵. Todo era mejor que asistir a un proceso por el que Adriático y Jónico se conviertan en *mares cerrados* de los atenienses, como ya lo era el Egeo. Aquí, como en tantas otras ocasiones, la decisión adoptada por la oligarquía dirigente obligará de forma más o menos coercitiva al resto de la comunidad.

Sea cual fuere el bagaje previo a la decisión final, los embajadores corintios defendieron ante la Asamblea de la Liga Peloponésica la movilización de ésta contra la *arche* ateniense y animaron entusiásticamente a los estados del interior a combatir la amenaza que Atenas suponía para su supervivencia (Th. 1.120-124). Los argumentos de su discurso, pleno de optimismo pero irreal en exceso, se mostraron fallidos en la práctica, según extrañamente había anticipado Pericles en su respuesta a la última embajada espartana antes del inicio de la guerra (Th. 1.141-143): los tesoros de Delfos y Olimpia no fueron tocados, no se alquilieron remeros extranjeros

⁴ «Introduction: the limits of war», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and Society in the Greek World*, Londres-Nueva York 1993, 12.

⁵ R. OSBORNE, «Pride and prejudice, sense and subsistence: exchange and society in the Greek city», en J. RICH y A. WALLACE-HADRILL (eds.), *City and country in the ancient world*, Londres-Nueva York 1991, 133.

ni se adiestraron convenientemente los propios en las tácticas navales, tampoco se aprovechó la deserción de los aliados de Atenas, mientras que establecer una fortificación en el Ática sólo fue posible en 413⁶.

Como gran urbe que era, excepcionalmente localizada además⁷, la *polis* corintia contaba con una economía diversificada en la que comercio, «industria», construcción, artes, etc., ocupaban un lugar prominente, lo que daba gran fuerza política y social a aquellos ciudadanos —posiblemente también metecos, si bajo este nombre comprendemos a los extranjeros residentes con ciertos derechos cívicos y/o políticos, al modo ateniense⁸—

⁶ Véase F. E. ADCOCK, «The Archidamian War, 431-421 B.C.», *CAH* V, Cambridge 1927, 194; J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 306-307; D. KAGAN, *The Archidamian War*, Ítaca-Londres 1974, 22-23 y Th. KELLY, «Peloponnesian Naval Strength and Sparta's Plans for Waging War against Athens in 431 B.C.», en M. A. POWELL y R. H. SACK (eds.), *Studies in Honor of Tom B. Jones. Alter Orient un Altes Testament* 203, Neukirchen-Vluy 1979, 249-250 para la explicación de estos fracasos en las previsiones originales. De hecho, P. A. BRUNT, «Spartan Policy and Strategy in the Archidamian War», *Phoenix* 19, 1965, 261 califica el discurso corintio de «sofístico», ya que sus relaciones marítimas les hacían más receptivos que la mayoría de los peloponnesios a dicha corriente filosófica. Una reciente exposición de la retórica corintia desplegada tanto en este discurso ante la Liga como en el previo librado en la *Ekklesia* espartiatá (Th. 1.68-71) puede encontrarse en G. CRANE, «The Fear and Pursuit of Risk: Corinth on Athens, Sparta and the Peloponnesians (Thucydides 1.68-71, 120-121)», *TAPhA* 122, 1992, 227-256, que principalmente abunda en la contraposición de los caracteres espartano y ateniense y su trasfondo literario. Resulta claro el tono retórico y exagerado de unas palabras que, sin embargo, no debieron de convencer a los estados peloponésicos de la amenaza que Atenas suponía para ellos.

⁷ Entre la extensa bibliografía que aborda y destaca el enclave geográfico donde se asentaba la antigua Corinto, puede consultarse J. G. O'NEILL, *Ancient Corinth*, Baltimore 1930, 1-29; H. N. FOWLER y R. STILLWELL, *Corinth I, 1: Introduction, Topography, Architecture*, Cambridge (Mass.) 1932, 18 ss.; O. BRONEER, «The Corinthian Isthmus and the Isthmian Sanctuary», *Antiquity* 32, 1958, 80-88 esp. 85; más recientemente R. A. TOMLINSON, *From Mycenae to Constantinople. The Evolution of the Ancient City*, Londres-Nueva York 1992, 75-76, 83.

⁸ Los *metoikoi* registrados en otras ciudades como Mégara, Egina, Oropo, Colofón... en época clásica y helenística parecen tener similares derechos y obligaciones a los atenienses; cfr. Ph. GAUTHIER, «Meteques, perieques et paroikoi: bilan et point d'interrogation», en R. LONIS (ed.), *L'étranger dans le monde grec*, Nancy 1988, 29. Si bien en Corinto no están atestiguados —J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 162 cita X., *HG*. 4.4.6, donde corintios filolaconios se quejan de que la unión con Argos les había equiparado a simples metecos, como prueba de la existencia de éstos últimos en Corinto, pero Jenofonte puede estar hablando de metecos atenienses como de un caso universalmente conocido y, por otra parte, como único testimonio es en sí mismo demasiado débil—, el hecho de que sí lo estén en otros estados «comerciales» próximos a Atenas como Egina o Mégara, donde se pagaba el *metoikon* y había *prostatai* que los representaban, contribuye a hacer la hipótesis más plausible. Véase D. WHITEHEAD, *The Ideology of the Athenian Metic*, *PCPhS* supl. 4, Cambridge 1977, *passim*; *idem*, «Immigrant Communities in the Classical Polis: some Principles for a Synoptic Treatment», *AC* 53, 1984, esp. 51, para el que grandes ciudades urbanizadas como Corinto o Mileto debieron de tener gran número de metecos entre su población y las *poleis* griegas reconocieron tarde o temprano un estatuto de residente con limitados derechos para los extranjeros; cfr. también B. R. MACDONALD, «The Megarian Decree», *Historia* 32, 4, 1983, 387. En cuanto a

vinculados al sector secundario⁹. Naturalmente, esto no impedía ni que la agricultura fuera la actividad económica dominante ni que la propiedad de la tierra, como en toda la Antigüedad, presidiera la escala de valores y fuera el mecanismo de marginación, integración y promoción sociopolítica por excelencia¹⁰. Ello hacía que una considerable proporción de los beneficios obtenidos en cualquier otra actividad acabasen por ser invertidos en la tierra, dando así la auténtica medida de la riqueza y el peso específico de un individuo en el seno de su *polis*¹¹. Más que por la propia producción de la tierra, su posesión tenía un componente ideológico que enlazaba con la tradición familiar y comunitaria, alimentaba el orgullo y consolidaba el estatus de ciudadano¹². Muchos de los ciudadanos inmersos en actividades no agrícolas lo eran a tiempo parcial, sólo como salida a una temporal penuria económica motivada por una insuficiente producción de su propiedad —la otra alternativa, alquilar su brazo como jornalero en tierras de otros, era aún más deleznable¹³—, de modo que nunca se abandonaron los valores tradicionales, aristocráticos, cantados todavía por Píndaro a mediados del siglo v¹⁴. Efectivamente, el poeta canta en su *Olimpica* 13.6-10, dedicada al corintio Jenofonte, vencedor en el pentatlón y en la carrera de un estadio, a la trilogía formada por *Eunomia*, *Eirene* y *Dike*, rectoras de la vida en la ciudad del Istmo y garantes del orden incontestado de los *aristoi*.

Sin embargo, el gran tráfico comercial y fiscal que era objeto Corinto ayudó a formar un grupo de *poderosos* que, como indica de Ste. Croix,

su número J. R. WISEMAN, *The Land of the Ancient Corinthians*, Goteburgo 1978, 12 sospecha que no difería mucho del que sostenía Atenas también en 432, entre doce y veinte mil.

⁹ Véase K. RAAFLAUB, «Citi-state, Territory and Empire in Classical Antiquity», en A. MOLHO, K. RAAFLAUB y J. EMLÉN (eds.), *op. cit.* (n. 3), 567. J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 401-403 minimiza la influencia geográfica en la diversificación económica en favor de otros factores, principalmente la temprana iniciación y desarrollo de comercio y artes, principios del siglo VII, entre el cuerpo de ciudadanos; lo que el estudioso americano no explica es cómo pudieron mantenerse inalterables a lo largo de la época clásica, incólumes ante la radicalización del ideario político que denigraba la dedicación del ciudadano a labores manuales, máxime en regímenes oligárquicos.

¹⁰ Por muy diversificada que esté la economía; véase p. ej. É. WILL, *Korinthiaka: recherches sur l'histoire et civilisation de Corinthe des origines aux guerres médiques*, París 1955, 13, 316-338, 477-488 y últimamente A. BURFORD, *Land and Labor in the Greek World*, Baltimore-Londres 1993, 66.

¹¹ G.E.M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (trad. de T. de Lozoya), Barcelona 1988, 147 y 151. Esto significaba que no existía una acumulación de capital tendente a un desarrollo industrial en sentido moderno; véase también R. J. HOPPER, *Trade and Industry in Classical Greece*, Londres 1979, 128-129.

¹² M. I. FINLEY, *The Ancient Economy*, Berkeley 1973, 116-122.

¹³ R. J. HOPPER, *op. cit.* (n. 11), 151-155.

¹⁴ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 403. No obstante, *vid. infra* n. 24.

habríamos de integrar en la clase de los propietarios en virtud de sus intereses y forma de vida¹⁵, cuyas rentas derivasen en buena medida directa o indirectamente de estas actividades. Pero aún más importante, esta subclase debió de formar parte de la oligarquía dirigente y sus necesidades y objetivos, por tanto, se dejarían sentir y determinarían parte de la política interna y externa del estado corintio¹⁶. En el mundo griego resulta imposible discernir cuándo las decisiones políticas responden exclusivamente a intereses económicos, dada la imbricación entre política y economía y la falta de atención de la historiografía antigua hacia la diferenciación de una causalidad económica en los hechos que relata¹⁷. En este sentido, en Corinto como en la democrática Atenas, es donde mejor podemos apreciar la adaptación y redefinición de los viejos valores aristocráticos a los condicionamientos propios del siglo v, en que los *kaloikagathoi* ven desafiada su primacía por el empuje de las masas (*ochlos*) y buscan preservar su preminencia sociopolítica a través de la proyección de una imagen de talento y disposición innata para el gobierno¹⁸.

Evidentemente, no podemos concebir que estos individuos se embarcaran con sus mercancías en largos y peligrosos viajes, sino que tendríamos que ver su participación en estas empresas, generalmente marítimas, si bien Corinto era punto de partida o de paso de numerosas vías terrestres que comunicaban el Peloponeso y Grecia central, como prestamistas e inversores, al modo de los *neoploutoi* ó *agoraioi* de la Atenas de la primera mitad del siglo iv, de los que estamos tan bien informados por los pleitos en que intervenían los oradores áticos¹⁹. Pero al abrigo de esta considerable acti-

¹⁵ G.E.M. De Ste. Croix, *op. cit.* (n. 11), 151 y 318; la consideración social y moral de estos «empresarios» es, no obstante, inferior a la de otros propietarios acomodados.

¹⁶ Según sospecha y desarrolla en amplitud D. Kagan, respaldado por otros autores (*vid. infra* n. 59). Por contra, J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 405-406 niega cualquier tipo de vinculación, aun indirecta, entre miembros de la oligarquía e intereses mercantiles, lo que en mi opinión es difícilmente compaginable con su tenaz defensa del carácter comercial e «industrial» de la sociedad corintia, que empapaba a todos los sectores de la misma.

¹⁷ Véase p. ej. M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Economía y sociedad en la antigua Grecia* (trad. de T. de Lozoya), Barcelona 1986, 22-26.

¹⁸ Véase W. DONLAN, *The Aristocratic Ideal in Ancient Greece*, Lawrence (Kansas) 1980, 127-128 y W. R. CONNOR, *The New Politicians of Fifth Century Athens*, Princeton 1971, 104-105, que se centran en la reelaboración y enriquecimiento del vocabulario sociopolítico durante el siglo v, con nuevos epítetos para designar a ricos y pobres, los *aristoi* y *demotai* tradicionales.

¹⁹ Hasta el siglo III no hay constancia en Corinto de estos «banqueros» que financian empresas marítimas de cierto calibre (*SIG*³ 1075), lo que no impide pensar en una tradición anterior incluso a época clásica. Sobre estos grandes operadores mercantiles y la protección jurídica que les prestaba el estado ateniense puede verse R. J. HOPPER, *op. cit.* (n. 11), 48, 109-117; para J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 149 el tráfico que soportaban los puertos corintios de Lequeo y Céncreas no debió de ser muy diferente del absorbido por El Pireo.

vidad mercantil fue desarrollándose y configurándose en Corinto ya desde época arcaica un destacado sector poblacional, sin duda en principio dependiente de los terratenientes, monopolizadores del capital precisado para este tráfico a gran escala²⁰, empleado en comercio, artes, actividades de mercado y manufacturas, lo que contribuyó a hacer de Corinto una *polis* rica, abierta a hombres y tendencias procedentes de Oriente y Occidente, dispensadora de lujos y placeres a los numerosos visitantes, en suma, un epicentro fundamental dentro del mundo griego antiguo²¹. Admiración despertaba, asimismo, entre los extranjeros el santuario de Posidón en Istmia, donde bienalmente se celebraban los Juegos Ístmicos, de carácter panhelénico y controlados por los corintios. Pingües ingresos eran obtenidos mediante el cobro de tasas por la utilización de sus puertos y del *diolkos*²². Este enorme flujo de visitantes que soportaba Corinto por uno u otro motivo generaba un nada despreciable beneficio, a través del numerario gastado durante su estancia, para las prósperas arcas estatales²³. No obstante, Corinto no fue una excepción al resto del mundo griego, donde no existió por parte de los estados una voluntad o política comercial y sólo hubo un control sobre las importaciones consideradas vitales para el sostenimiento de la población, esencialmente el grano, aunque Atenas hizo ese control extensivo a los materiales de construcción naval (Ps.X., *Ath.* 2.11-12).

²⁰ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 150-151.

²¹ Como Mégara, el otro gran centro comercial del Istmo, Corinto era reputada por sus cortesanas, entre las cuales la tradición nos ha legado el nombre de la más bella, Lais; también las *hierodulas*, cerca de un millar de prostitutas sagradas al servicio de Afrodita en su pequeño templo en la cima del Acrocorinto, suponían un considerable atractivo para el viajante (Str., 8.6.20). En general, sobre este carácter lúdico, vital y receptivo, resumido en el proverbio *Non cuivis homini contingit adire Corinthum* que recoge Horacio (*Ep.* 1.17.35) puede verse el capítulo que dedica a la ciudad K. FREEMAN en su *Greek City-states*, Londres 1950, 81-126, R. J. HOPPER, «Ancient Corinth», *G&R* 2, 1955, 2-15, H. J. MASON, «Lucius at Corinth», *Phoenix* 25, 1971, 160-165, J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 32-37 y 397-401 y C. FORNIS y J. M. CASILLAS, «Corinto: prestigio y riqueza I», *Revista de Arqueología* 159, julio 1994, 36-43; *id.* «Corinto: prestigio y riqueza II», *Revista de Arqueología* 160, agosto 1994, 32-43.

²² Para el cobro de tasas portuarias sobre el comercio como mecanismo enriquecedor del estado corintio en general y de su clase gobernante en particular, cfr. Th., 1.13.5; Str., 8.6.20. Para el transporte de barcos a través del *diolkos* en diferentes períodos Th., 3.15.1; 8.7; 8.8.3; Ar., *Th.* 653-654; Pib., 4.19.7; 5.101.4; D.C., 51.5; Str., 4.6; Plin., *HN.* 4.10; Mela 2.48; Hsch., s.v. ὄλκος. Sobre su funcionamiento, véase C. FORNIS, «La polis como metrópoli: Tucídides y el imperio colonial corintio», en D. PLÁCIDO, J. ALVAR, J. M. CASILLAS y C. FORNIS (eds.), *Imágenes de la Polis: I Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo (23-25 de noviembre de 1994)*, Madrid 1996, 63-87. En cuanto a los puertos, Lequeo era tanto en tamaño como en infraestructura y acondicionamiento uno de los mejores puertos y con mayor tráfico del mundo helénico; cfr. P. CLOCHÉ, *Les classes, les métiers, le trafic*, París 1931, 92-97.

²³ Str., 8.6.20; cfr. J. R. WISEMAN, *op. cit.* (n. 8), 13.

Corinto constituía así, como Atenas, un polo de atracción para metecos y extranjeros que desearan mantener negocios en la ciudad, por su actividad comercial dotada de infraestructuras al efecto, su continuado y ambicioso programa de obras públicas, su amplio abanico de *technai*, etc., si bien en el caso corintio hemos de sospechar un mayor porcentaje de ciudadanos implicados en todas ellas²⁴. Como en otras ciudades marítimas, las actividades artesanales florecieron a un alto nivel, también semejante al ateniense, aunque la carencia de información epigráfica y literaria, abundante para Atenas, nos impide conocer su estructura, organización e incidencia real en la economía estatal²⁵. Con todo, en Corinto las labores banáusicas como «industria» que implica al cuerpo de ciudadanos adquieren mayor importancia que en Atenas. No podemos olvidar las archiconocidas palabras de Heródoto acerca de que los corintios «tenían menos prejuicios contra los artesanos que el resto de los griegos»²⁶.

El conjunto de las fuentes antiguas conservadas, tanto griegas como romanas, son coincidentes en mostrar la abierta disposición de muchos corintios a trabajar en distintas ramas de las artes y manufacturas. Así, Píndaro (*O.* 13.29) atribuye a los corintios la invención del frontón del templo, posiblemente más por el peso de las afamadas tejas corintias que por la autenticidad del hecho mismo²⁷. Otra tradición, recogida por Plinio (*HN.* 35.151-2), hace de Butades de Sición, que trabajó en Corinto, el inventor de las acroteras y de las cabezas plásticas utilizadas como antefi-

²⁴ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 160-163 remarca acertadamente el hecho de que los privilegios otorgados por Atenas a los extranjeros asentados en la ciudad (*metoikoi*) fue presumiblemente algo excepcional y sin parangón en el mundo griego. Corinto pudo haber dado facilidades o algún tipo de subvención menor, pero no hay prueba de ello. Específicamente en la producción y comercialización de la cerámica, un estudio de las marcas de comercio revela que los vasos corintios eran llevados mayoritariamente por éstos, mientras los atenienses lo eran por gente de procedencia diversa, lo que indicaría que Atenas tenía una más compleja organización, donde producción y distribución se encontraban netamente diferenciadas (cfr. K. ARAFAT y C. MORGAN, «Pots and Potters in Athens and Corinth: a Review», *OJA* 8, 3, 1989, 325-326 y 340). Por tanto, en Corinto debieron de existir más artesanos a tiempo total que distribuyeran sus propios productos, con mayor razón si tenemos en cuenta que la Corintia tenía una extensión tres veces menor que el Ática y habría menos ciudadanos poseedores de tierra.

²⁵ Cl. MOSSÉ, «El hombre y la economía», en J.-P. VERNANT *et alii*, *El hombre griego* (trad. de P. Bádenas), Madrid 1993, 49.

²⁶ Hdt., 2.167; cfr. Str., 8.6.23. Era usual que los trabajadores manuales fueran esclavos y extranjeros; cfr. Arist., *Pol.* 1278 a 3. Ello se debía, según ha expresado con acierto W. DONLAN, *op. cit.* (n. 18), 172-173, «a la ausencia de una contraideología que defendiera el valor del trabajo, de modo que el ideal de la minoría propietaria era universalmente aceptado como válido».

²⁷ I. THALBN-HILL y L. SHAW KING, *Corinth IV, 1: Decorated Architectural Terracottas*, Cambridge (Mass.) 1929, 5.

jas, elementos ambos en los que Corinto manifestó una destreza y perfección de estilo que se dejó sentir tanto en áreas bajo su influencia como en aquellas con las que sólo mantenía contactos más o menos continuados. En la propia Corinto se han descubierto gran número de terracotas arquitectónicas decoradas que permiten hacer un seguimiento de la vitalidad y destreza adquirida por la coroplastia corintia desde el siglo VII hasta la ocupación romana²⁸ y se ha constatado la existencia de diversas factorías en funcionamiento a lo largo de tan extenso período, entre las que destaca la del Barrio de los Alfareros, donde se han hallado más moldes de terracota que en cualquier otro lugar de Grecia, amén de numerosos objetos de bronce y vidrio para uso doméstico²⁹. Precisamente tanto las fuentes literarias como la arqueología nos hablan de Corinto como uno de los principales centros metalúrgicos del orbe helénico, sobresaliendo sobre todo en el trabajo escultórico en bronce, del que abastecía no sólo a importantes ciudades, sino también a los grandes santuarios (Istmia, Delfos, Olimpia, Hereo Argivo...)³⁰. La forja y la fundición estaban presentes, incluso, en pleno núcleo urbano, en el área suroeste del foro romano, que es al mismo tiempo una zona residencial y comercial, con magníficas casas y excelentes vías de comunicación (atravesada por dos arterias principales de la ciudad, una que iba desde el templo arcaico de Apolo, por la fuente de Glauce en dirección al Acrocorinto y otra desde el camino a Lequeo y la fuente de Pirene hasta desembocar en la primera vía)³¹. En la misma zona fue excavado a

²⁸ *Ibid.*, 42. Sobre la calidad de las terracotas arquitectónicas corintias, véase A. N. STILLWELL, *Corinth XV, 2: the Potters' Quarter. The Terracottas*, Princeton 1952, esp. 19-21; S. S. WEINBERG, «Terracotta Sculpture at Corinth», *Hesperia* 26, 1957, 289-319; G. S. MERKER, «Fragments of Architectural-Terracotta Hydras in Corinth», *Hesperia* 57, 2, 1988, 202; M. C. ROEBUCK, «Archaic Architectural Terracottas from Corinth», *Hesperia* 59, 1, 1990, 47-63 y J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 120-126.

²⁹ G. R. DAVIDSON, *Corinth XII: the Minor Objects*, Princeton 1952, 9-10; A. N. STILLWELL, *Corinth XV, 1: the Potters' Quarter*, Princeton 1948, 86-87, 114-115.

³⁰ Plin., *HN*. 34.6-7; Hdt., 2.167; Str., 8.6.23; cfr. A. N. STILLWELL, *Corinth XV, 1, op. cit.* (n. 29), 114-115. Un estudio de las técnicas metalúrgicas realizadas en el santuario de Posidón en Istmia, controlado por los corintios, prueba el excelente dominio del vaciado y del moldeo que tenían estos artesanos del bronce y del hierro (W. ROSTOKER y E. R. GEBHARD, «Metal Manufacture at Isthmia», *Hesperia* 49, 4, 1980, 347-63); lo mismo sucede en el santuario de Hera Limenia, en la península corintia de Perácora, que ha aportado miles de piezas en bronce (H. PAYNE *et alii*, *Perachora: the Sanctuaries of Hera Akraia and Limenia I*, Oxford 1940, 123-124).

³¹ En el desarrollo de las excavaciones arqueológicas en este área, donde hasta hace poco se creía que estaba el Ágora griega, se han encontrado numerosas escorias metalúrgicas en torno a los pozos de fundición (C. K. WILLIAMS y J. E. FISHER, «Corinth, 1972: The Forum Area», *Hesperia* 42, 1, 1973, 14-19); también en el área sur del foro los «Edificios II y III» han dado muestras de trabajo metalúrgico para los siglos VI y V (C. C. MATTUSCH, «Corinthian Metal-

finales de los años 70 el «Edificio del Ánfora Púnica», que mediante la ampliación y adición de estancias anejas, pasó de ser casa puramente residencial a convertirse en establecimiento comercial a la vez que residencia del propietario, dedicado a la importación de grandes cantidades de pescado y vino³². Encontramos, asimismo, un complejo de casas privadas que alternan con un santuario de culto a un héroe desconocido, otro de culto ctónico («Edificio I») y una construcción de carácter oficial («Edificio II»), con diversas estancias para oficinas o comedores y con acceso al sistema público de agua subterránea de la fuente Pirene, lo que de por sí era un privilegio, aunque no sepamos qué tipo de institución albergaba, continuado por el sur con el «Edificio III», identificado con la Taberna de Afrodita³³. En el mismo sentido apunta el descubrimiento del llamado «Edificio Norte», al norte del templo arcaico de Apolo, bajo la basílica romana, con una imponente *stoa* clásica, tanques de agua y pequeñas salas que miraban al muro principal en lo que parece haber sido, en opinión de sus excavadores, un mercado, posiblemente de pescado ya que en época romana hubo uno en este mismo emplazamiento³⁴. La piedra, en especial el poros, abundante en el nordeste del Peloponeso y fácil de cortar, fue trabajada igualmente con habilidad en Corinto desde una época temprana³⁵. Toda esta presencia del mundo artesanal y comercial en el centro político, cívico y religioso de la ciudad nos permite intuir el peso real que los vinculados a estos sectores tenían en el seno de la sociedad corintia y el hecho arriba expuesto de que buena parte de la clase propietaria no era tan reacia como su homónima del resto de Grecia a participar de los beneficios que se desprenden de estas actividades.

Estos condicionamientos favorecían el papel de Corinto como centro redistribuidor de bienes y servicios, función que nos es conocida principalmente en época romana³⁶, pero que sin duda, por otros ejemplos que vere-

working: the Forum Area», *Hesperia* 46, 4, 1977, 382). Para las grandes casas, alguna de las cuales ha aportado mucha cerámica importada de calidad (etrusca, ática, laconia, quiota...), como la llamada «Complejo del Comerciante», véase C. K. WILLIAMS, J. MACINTOSH y J. E. FISHER, «Excavation at Corinth, 1973», *Hesperia* 43, 1, 1974, 23.

³² C. K. WILLIAMS II, «Corinth 1977, Forum Southwest», *Hesperia* 47, 1, 1978, 15-20; *id.*, «Corinth, 1978: Forum Southwest», *Hesperia* 48, 2, 1979, 105-111.

³³ C. K. WILLIAMS II y J. E. FISHER, «Corinth, 1971: Forum Area», *Hesperia* 41, 2, 1972, 149-171.

³⁴ H. N. FOWLER y R. STILLWELL, *op. cit.* (n. 7), 212-228 para la descripción y una posible reconstrucción del «Edificio Norte».

³⁵ Para la mampostería corintia, véase A. C. BROOKES, «Stoneworking in the Geometric Period at Corinth», *Hesperia* 50, 3, 1981, 285-290.

³⁶ Véase D. ENGELS, *Roman Corinth. An Alternative Model for the Classical City*, Chicago-Londres 1990, 48-50 y apénd. I (173-8); C. K. WILLIAMS II, «Roman Corinth as a commer-

mos a continuación, perpetuaba un rasgo esencial del *modus vivendi* de la ciudad durante su período de independencia. Así, en el discurso en la asamblea de la Liga, los embajadores corintios dejan claro que los estados del interior han de defender a los costeros, que no pueden ser otros que los ístmicos, Corinto y Mégara, para no ver interrumpido su aprovisionamiento (Th., 1.120.2). En 366 Jenofonte (HG. 7.2.17) presenta a los fliasios comprando en el mercado corintio cuando los productos de su tierra no eran suficientes para las necesidades de la población y poco más tarde (HG. 7.2.23) a los corintios suministrando trigo a Fliunte, trigo llegado probablemente de Occidente por vía marítima. IG IV² I, 110 es testimonio de que Corinto exportaba madera a Epidauro³⁷, mientras IG II² 1672 se refiere a remesas corintias de fresno y olmo a Eleusis, sin que tampoco procedan de su territorio. El volumen de tráfico rodado a través del Istmo y Corinto en época clásica ha dejado su impronta en forma de profundas huellas de carriles plasmadas en los caminos, sin olvidar la consistencia, semejante al cemento, de las capas inferiores de los mismos³⁸.

Observamos en estas características constitutivas de la ciudad una diferenciación con respecto a la mayoría de los estados peloponésicos dependientes económicamente casi en exclusividad de los *autourgoi*, incluida la propia Esparta, que relegaba en los periecos para el comercio y la actividad mercantil, prohibidas expresamente a los *homoioi* por la *Rhetra* licurguea. No obstante, el ideal del ciudadano seguía siendo el mismo, el ocio productivo y digno (*schole*), que determina también la división primaria de la sociedad desde un prisma económico entre aquel que vive del trabajo de los demás, sean libres o esclavos (*πλοῦτος*) y aquel que tiene que emplear su propia fuerza de trabajo (*πένης*).

Con toda su importancia, las actividades del sector secundario en Corinto no eran más que un complemento a la tradicional y dominante explotación agrícola del territorio. La Corintia se extendía sobre algo más de 900 km², lo que la convertía en un estado pequeño comparado con otros como el Ática (2.400 km²) o la Argólide (1.400 km²); dos tercios de su territorio estaban ocupados por montañas sin posibilidades de cultivo y sólo los aproximadamente 30 km² de llanura litoral, excepcionalmente feraces y

cial center», en T. T. GREGORI (ed.), *The Corinthia in the Roman Period*, Ann Arbor 1993, 31-46; con un carácter más general, J. WISEMAN, «Corinth and Rome, I: 228 B.C. to A.D. 267», *ANRW II*, 7.1, 1979, 438-548.

³⁷ R. MARTIN, *Manuel d'architecture grecque I*, París 1965, 34.

³⁸ E. R. GEBHARD, «The evolution of a pan-Hellenic sanctuary: from Archaeology towards History at Isthmia», en N. MARINATOS y R. HÄGG (eds.), *Greek Sanctuaries. New Approaches*, Londres-Nueva York 1993, 165.

coincidentes con la *chora politike* de la gran urbe, proveían un mínimo de suministro vital para abastecer a cerca de la mitad de su población³⁹. Ya las fuentes antiguas se hacían eco de esta situación al hablar del suelo pedregoso y pobre de la Corintia, que exigía un duro esfuerzo si se quería obtener algún beneficio⁴⁰. Pero el mayor problema para Corinto era la superpoblación que padecía, con un número de habitantes superior al actual, que en conjunción con la escasez y desigual distribución de la tierra, fenómeno conocido como *stenochoria*, fue motivo esencial en el inicio de la colonización en la segunda mitad del siglo VIII. No obstante, el hecho de que Corinto contase con una *chora* que puede considerarse relativamente pequeña frente a un amplio y desarrollado *asty*, sorprendentemente no agudizaba las diferencias campo-ciudad en materia social⁴¹. Sí en cambio determinaba el sostenimiento de la población urbana, que requería de las importaciones para complementar lo aportado por la *chora*⁴².

Como en el resto de los estados griegos, el catálogo hoplítico corintio estaba integrado mayoritariamente por la clase propietaria de tierras, detentadora de la ciudadanía plena y de los medios de producción. El abandono temporal de las mismas por los requerimientos de la guerra no constituía un serio daño o rémora para esta clase, ya que no explotaba directamente sus tierras, sino a través del trabajo esclavo y dependiente, en este último caso de los *misthotoi* o jornaleros⁴³, lo que sin duda contribuyó a la vigencia del clima bélico en las casi tres décadas de duración del conflicto. No podemos decir lo mismo de los dueños de talleres, sean metalúrgicos, cerámicos o de

³⁹ Cfr. É. WILL, *op. cit.* (n. 10), 14-18 y J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 19-30, éste basado en el estudio de A. PHILIPPSON, *Die griechischen Landschaften, eine landeskunde*, Frankfurt 1950-1958, (vol. I, 948-964; vol. III, 71-92, 96-102 y 160-161). El resto del territorio de la Corintia presenta numerosas desigualdades en la producción debido a una mayor escasez de agua, algo que sólo pudo remediarse cuando el emperador Adriano hizo construir un largo acueducto que traía el agua del lago Estinfalo, en Arcadia; aun así, para É. Will «l'impression d'ensemble n'est past celle d'une excessive médiocrité» (pág. 15).

⁴⁰ Isoc., 8.117; Thphr., *CP*. 3.20.4-5; Str., 9.1.7; 8.6.23 recoge el dicho de que la Corintia estaba llena de hoyos. Más benévolas en cuanto a la fertilidad de la tierra corintia se muestran Sch.Ar., *Au*. 968-9, Ath., 5.219a y Liv., 27.31.

⁴¹ K. RAAFLAUB, *op. cit.* (n. 3), 568. Ello no impedía que el papel del territorio frente al de la ciudad fuera siempre el de receptor de una explotación sistemática; cfr. G.E.M. de Ste. Croix, *op. cit.* (n. 11), 26.

⁴² A. JARDÉ, *Les céréales dans l'Antiquité grecque*, París 1979 (= 1925), 144 y 199 compara el caso de Corinto con el de otras ciudades populosas como Atenas o Egina. Increíblemente J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 402 hace basar la vitalidad del comercio y de las artes «en los excedentes de la fértil tierra», la cual, sin embargo, apenas era suficiente para sustentar a la mitad de la población.

⁴³ G.E.M. de Ste. Croix, *op. cit.* (n. 11), 246.

cualquier otro tipo y de los grandes inversores comerciales, que al margen de poseer tierras, fundaban su fortuna en negocios menos dignos. Para ellos la guerra suponía un mal irreparable tanto por disminuir el índice de prosperidad general, y con él el nivel adquisitivo de la población, como por la interrupción parcial o total de las comunicaciones, esencialmente marítimas. De cualquier forma, son los propietarios los que disponen de recursos (*chremata*) para adquirir la panoplia hoplítica y de tiempo libre (*scholē*) para ejercitarse en el manejo de las armas. Vuelvo a repetir que incluso en una ciudad con gran movimiento comercial como era Corinto, la tierra seguía siendo el patrón de riqueza con que controlar el acceso a la vida pública de la *polis*. En suma, Corinto seguía la pauta griega clásica, al menos hasta que el mercenariado y la integración de inferiores, ésta principalmente en Esparta, se conviertan en fenómenos generalizados a mediados del siglo IV, según la cual existe una identificación entre ciudadano propietario de tierras con plenos derechos políticos y hoplita defensor de los intereses y soberanía de su *polis*. El hoplita-ciudadano posee un estatuto privilegiado dentro de la comunidad, cuya organización jerárquica responde básicamente a la distribución de las responsabilidades militares⁴⁴. Así, por ejemplo, hemos que esperar a la Guerra Jónica, y aun entonces de forma limitada, para que los mercenarios tengan cabida en el ejército hoplítico corintio.

Visto que la ciudad aportó a la Liga del Peloponeso un número de hoplitas que oscila entre los dos mil y tres mil, no parece que se hubiera establecido un elevado *minimum* de tierra para entrar con plenos derechos en el cuerpo cívico y, por ende, participar de las magistraturas e instituciones comunitarias⁴⁵. Es incluso posible que incluyera a todo propietario, dada la limitada extensión del territorio corintio⁴⁶. Según Salmon es muy probable que en la práctica únicamente ciudadanos ricos y de buena cuna llegaran a

⁴⁴ Entre la enorme bibliografía que abunda en este tema, puede consultarse Y. GARLAN, *War in the Ancient World* (trad. del francés por J. Lloyd), Londres 1975, 87-90 y M. I. FINLEY, *Politics in the Ancient World*, Cambridge 1991 (= 1983), 67.

⁴⁵ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 236-237 llega a pensar que la plena ciudadanía pudo estar abierta incluso a los no propietarios. Como referencia general V. D. HANSON, *The Western Way of War*, Nueva York-Oxford 1989, 29 estima que los agricultores hoplitas poseían una media de entre dos y cuatro hectáreas de terreno.

⁴⁶ El legislador Fidón de Corinto ya pretendió en época arcaica equiparar el número de ciudadanos y de propietarios (Arist., *Pol.* 1265 b 13), mientras que es también un corintio perteneciente al *genos* Baquíada, Filolao, quien dota a los tebanos de leyes de adopción que permitían mantener fijo el número de propiedades (*Pol.* 1274 b 10). Desde luego, no sería algo anormal que en las oligarquías de amplia base la totalidad de propietarios fueran ciudadanos de pleno derecho; cfr. W. DONLAN, *op. cit.* (n. 18), 123.

probouloi, *symboloi*, *strategoí* y demás magistraturas, aunque, como el mismo autor añade, esto también sucedía en los regímenes democráticos⁴⁷. Sin embargo, tanto el papel sociopolítico como el militar del *demos* subhoplítico en Corinto apenas era relevante. Por un lado, la Constitución oligárquica, básicamente hoplítica, de carácter moderado y ancha base⁴⁸, le impediría el acceso directo a los organismos controladores de poder, si bien podemos sospechar que en determinadas ocasiones pudiera influir indirectamente en la toma de decisiones políticas. Por otra parte, su participación en el ejército es mínima: en todo el siglo V no hay constancia de que *psiloi*, *peltastai* o cualquier otro tipo de soldado ligero combatiera en el ejército corintio, con excepción de los cuatrocientos que marcharon a Potidea en 432 (Th., 1.60) —fuerza que no era oficial, no lo olvidemos—, mientras que en la batalla de Nemea en 394 fue Corinto quien aportó mayor número (*pleon*) de fuerzas ligeras entre sus aliados (X., *HG.* 4.2.17); en 369 otro contingente de *psiloi* defiende con éxito la ciudad ante un ataque tebano (*HG.* 7.1.18-19). El crecimiento de las tropas ligeras, paralelo al descenso del número de hoplitas corintios que se constata a lo largo del período clásico, es producto de una situación continuada de guerra y del aumento del *plethos*, que va reclamando su integración en el ejército y en la vida pública, de forma que es al filo del siglo IV cuando se constituye una facción demócrata que trata de buscar el poder⁴⁹.

Excepto en regímenes democráticos y no siempre, las masas de desheredados (*mochtheroi*) apenas si contaba en el concierto sociopolítico; tampoco conocemos su número⁵⁰, ni el grado de explotación a que eran sometidos estos ciudadanos pobres por parte de la clase propietaria. El que no sepamos de signo alguno de desestabilización ni de oposición a la clase oligárquica gobernante y el deseo continuado de Corinto por mantener viva la llama de la guerra apuntan a que el cuerpo cívico en su mayoría no se vio irreparablemente afectado por ésta, en gran medida porque sus propiedades no fueron asoladas, como sucedió durante la Guerra Corintia, ni padeció en exceso las consecuencias de la política beligerante a que habían sido com-

⁴⁷ *Op. cit.* (n. 1), 237-238.

⁴⁸ Con G.E.M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres 1972, 35 y *Lucha de clases...*, *op. cit.* (n. 11), 333 podemos aceptar como de ancha base aquellas oligarquías en las que al menos un tercio de la ciudadanía disfruta de plena capacidad política.

⁴⁹ D. KAGAN, *Politics and Policy in Corinth, 421-336 B.C.*, diss. Ohio State University 1958, 114.

⁵⁰ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 168 calcula en unos diez mil los ciudadanos por debajo del censo hoplita, es decir, aplica una *ratio* de un hoplita por cada dos subhoplitas, siguiendo el modelo de A.H.M. Jones para Atenas en *The Athenian Democracy*, Oxford 1957, 8-10.

pelidos por las clases pudientes, evitándose así la *stasis* o lucha civil. Eso sucede, además, cuando los conflictos bélicos tienden a dislocar la estructura social y los valores que lleva aparejados⁵¹. Si de hecho la oligarquía corintia se mantuvo prácticamente inalterable durante casi dos siglos, desde la caída de la tiranía cipsélida en c. 585 hasta el sexenio democrático consecuencia de la *isopoliteia* con Argos en 392, para posteriormente ser reanudada y sólo interrumpida durante el bienio de la tiranía de Timófanes en c. 355, se debió tanto a su flexibilidad como a que tenía en cuenta las necesidades de los *polloí*, mantenidos, no obstante, al margen de las decisiones políticas⁵².

A esta aparente estabilidad y solidez del régimen debió de contribuir sin duda la ya mencionada existencia de un nutrido sector de población empleado en actividades relacionadas con los *emporía* y las *technai*, los *mesoi* de Aristóteles, término que designa a los moderados en riqueza, en general poseedores de parcelas de mediana extensión⁵³, árbitros atenuadores de la tensión y virulencia que preside el enfrentamiento entre poderosos y pobres⁵⁴. El propio Aristóteles consigna que la ciudadanía de la clase artesanal hubiera sido impensable en un régimen aristocrático cerrado, mientras que en las oligarquías, más atentas al fundamento económico, no se ponían grandes trabas a la integración de los más pudientes de esta clase (*Pol.* 1278 a 5-6). Resulta tentadora la hipótesis de Salmon sobre el papel de los ocho *probouloi* que menciona Nicolás de Damasco (*FGH* 90 F 60,2) en el gobierno de la ciudad, encargados como su nombre indica de preparar los asuntos que va a tratar la Asamblea, con lo que de esta forma pueden conocer y reconducir si es necesario la opinión del *demos* sobre los mismos⁵⁵. Se justificaría así la manipulación de la masa ciudadana desde las instituciones, que no evita que se pueda hablar de un cierto compromiso entre

⁵¹ S. ANDRESKI, *Military Organization and Society*, Berkeley-Los Ángeles 1971², 135; Y. GARLAN, *op. cit.* (n. 44), 184.

⁵² Así también J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 236-7 y 404-6, D. KAGAN, *Politics...*, *op. cit.* (n. 49), 20-21 y M. L. W. LAISTNER, *A History of the Greek World (479-323 B.C.)*, Londres-Nueva York 1957³, 348.

⁵³ G.E.M. de Ste. Croix, *Lucha de clases...*, *op. cit.* (n. 11), 92.

⁵⁴ Arist., *Pol.* 1296 a 12-16; 1296 b 4. Así se evitaba, en opinión del Estagirita, caer en los extremos en que dominan ricos o pobres e imponen regímenes radicales contrarios a la ley.

⁵⁵ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 238, que trae en su apoyo Arist., *Pol.* 1298 b 14, donde *probouloi* y *nomophylakes* preparan los asuntos que luego el *demos* se encarga de discutir. Sobre los *probouloi*, véase F. RUZÉ, «La fonction des probouloi dans le monde grec antique», en *Mélanges d'Histoire Ancienne offerts à W. Seston*, 1974, 443-462; Cl. MOSSÉ, *Institutions...*, *op. cit.* (n. 1), 109 y J. TRÉHEUX, «Sur les probouloi en Grèce», *BCH* 113, 1989, 241-247, esp. 245-247 para los de Corinto.

gobernantes y gobernados, si bien es cierto que posiblemente mediatizado por los primeros dentro del tira y afloja mantenido con el ánimo de aumentar o reducir el nivel de presión ejercido sobre los últimos ⁵⁶. Donlan ha afirmado, no sin razón, que era conveniente para los poderosos del siglo V «sugerir superioridad sin antagonizar con la sensibilidad democrática de las clases medias y bajas» ⁵⁷.

Al margen de que las fuentes no se refieran a movimientos de oposición o descontento hacia la política belicista gubernamental, la arqueología nos ayuda a entrever que debió de existir un amplio y profundo sentimiento popular de animadversión contra Atenas forjado verosímelmente desde mediados de siglo. Así, el descubrimiento de una copa corintia del tipo conocido como «Grupo de Sam Wide», fechada entre 424 y 422, con una representación burlesca de Cleón encarada a un Edipo liberador, simboliza esa voluntad de resistencia a la *arche* ateniense cuando ésta se encontraba en su cénit ⁵⁸. En el mismo sentido se inscribe el que no tengamos constatación de la presencia y actividad de alguna facción que pudiéramos denominar demócrata o proateniense, hasta que a principios del siglo IV el grupo encabezado por Timolao y Poliantes responda a la división surgida en la clase gobernante en cuanto a la actitud con respecto a Esparta, definiéndose la misma en dos grupos opuestos, filo y antilaconio ⁵⁹.

La aparente uniformidad de la política exterior hasta la Guerra Corintia sería otro factor a la hora de valorar la estabilidad del régimen corintio, lo mismo que la inexistencia en el ejército de caballería o de una elite seleccionada de hoplitas, del tipo de la creada por el estado argivo en 422, cuerpos que por la propia idiosincrasia, naturaleza e ideología de sus miembros

⁵⁶ J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 236 se inclina a pensar que el ciudadano medio estaba aparentemente feliz de ser guiado. Para este balance de poder dentro de una sociedad jerarquizada, una vez establecidos hábitos de obediencia hacia la clase gobernante, véase S. ANDRESKI, *op. cit.* (n. 51), 24.

⁵⁷ *Op. cit.* (n. 18), 126.

⁵⁸ El demagogo ateniense presta su rostro a una esfinge que se masturba mientras habla al pueblo desde la bema; en Edipo se ha querido ver a Brasidas, el principal antagonista de Cleón y estandarte de la liberación de los griegos que prometía la Liga del Peloponeso. Ésta es la explicación que ofrece a la escena E. L. BROWN, «Kleon Caricatured on a Corinthian Cup», *JHS* 94, 1974, 166-170, anteriormente descrita por J. Boardman, «A Sam Wide Grop Cup in Oxford», *JHS* 90, 1970, 194-195.

⁵⁹ *Hell.Oxy.*, 2.2; D.S., 14.86.1; X., *HG.* 3.5.1. La divergencia de opinión tras la Paz de Nicias sospechada por D. KAGAN [*Politics...*, *op. cit.* (n. 49), 20-23, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Ítaca-Londres 1981, 36-37 y «Corinthian Diplomacy after the Peace of Nicias», *AJPh* 81, 1960, 294-296] entre lo que él llama sectores «aristocrático terrateniente» y «oligárquico comercial», no puede considerarse disensión interna, ya que no trascendió al conjunto de la sociedad ni generó la concreción de facciones enfrentadas.

tendían a situarse por encima del resto de la ciudadanía y, por ende, a participar en movimientos ligados a la instauración de regímenes más cerrados y exclusivistas, en los que sólo los *mejores* puedan ostentar el poder⁶⁰. En efecto, si arriba hemos visto que la presencia del *demos* subhoplítico en el ejército fue prácticamente nula, Corinto tampoco dispuso nunca de una elite militar sostenida y auspiciada por el estado, mientras que no tenemos noticia de que un cuerpo de caballería existiera antes del 370 (X., *HG.* 6.5.52)⁶¹, rasgos ambos que colaboraban en no exacerbar las ya de por sí lógicas diferencias sociales dentro de la comunidad. Un último, si bien discutible, criterio contribuyente a la estabilidad de la sociedad corintia ha sido sugerido por John Salmon, quien cree que en algún momento tras la caída de la dinastía baquída en c. 657 se produciría una reorganización territorial tendente a romper los lazos hereditarios y de parentesco, evitándose así en gran medida los graves problemas motivados por estas cuestiones⁶². En definitiva, si establecemos una comparación con el panorama social del Ática en estos momentos, la sociedad corintia parece mostrar una menor complejidad y una mayor cohesión que la ateniense, lo que se hace especialmente patente en su más restringido repertorio de temas iconográficos y su menor interés por las representaciones humanas, sobre todo en actividades propias de la elite (caza, guerra, juegos...), recogidas por la cerámica corintia⁶³.

Las características arriba reseñadas hacen que podamos englobar el

⁶⁰ Para el papel de la elite argiva de los *chilioi* en el estallido de la *stasis* y subsecuente sustitución del régimen democrático por uno oligárquico, véase C. FORNIS, «La *stasis* argiva del 417 a.C.», *Polis* 5, 1994, 73-89 y G. R. BUGH, *The Horsemen of Athens*, Princeton 1988, 115-143 para la participación de los *hippeis* atenienses en el golpe oligárquico del 411 y en el gobierno de los Treinta en 404; para J. K. ANDERSON, *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley-Los Ángeles 1961, 133 la caballería como cuerpo apoyó a los Treinta, mientras que en el gobierno de los Cuatrocientos sólo intervinieron algunos de sus integrantes de forma individual.

⁶¹ P. A. L. GREENHALGH, *Early Greek Warfare. Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge 1973, 98-100 y 147-8 ve en la representación de caballeros inmersos en una batalla, sin escudo ni grebas y con lanza de recambio, que decoran un *oinochoe* corintio de principios del siglo VI la prueba inequívoca de la presencia de caballería en Corinto en este período, sin que pueda tratarse de hoplitas montados que utilizan el caballo como medio de transporte. Son muy raros los vasos cerámicos corintios y áticos anteriores al siglo V en que aparecen jinetes, a veces con armamento pesado y otras con ligero, por lo que es más razonable pensar con J. K. ANDERSON, *op. cit.* (n. 60), 147 que se trata de experimentos aislados y no la prueba de un cuerpo de caballería organizado; de hecho, Greenhalgh reconoce que sólo en Tesalia es segura la existencia de caballería durante el arcaísmo (pág. 149).

⁶² Reorganización que J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 404 no excluye influyera en la que Clístenes realizó en el Ática.

⁶³ K. ARAFAT y C. MORGAN, *op. cit.* (n. 24), 334.

régimen corintio dentro del primer tipo de oligarquías que distingue Aristóteles, aquellas en las que los propietarios son numerosos, aunque su lote de tierra sea pequeño, no tan afortunados como para disponer de tiempo libre sin preocupaciones ni tan desgraciados como para necesitar que la ciudad los alimente, y participantes del gobierno y la soberanía (*Pol.* 1292 b 7-8). Podría incluso dudarse de que fuera una genuina oligarquía, en el sentido genérico del término, «gobierno de unos pocos» o que lo fuese sólo de forma nominal⁶⁴. Al mismo tiempo, Corinto escaparía al tipo de «sociedad homoica» establecida por el sociólogo Stanislaw Andreski, que, erróneamente en mi opinión, transplanta el arquetipo espartano a todos los estados dorios, caracterizado por oligarquía cerrada, bajo índice de participación militar, baja subordinación y alta cohesión, todo lo cual sólo está probado en el caso de los *homoioi*⁶⁵.

En lo referente a los esclavos mercancía, que debieron de ser muy numerosos en Corinto debido a la presencia de un gran mercado de venta internacional de esclavos⁶⁶, nada indica que tuvieran una función en el ejército terrestre que no fuera la de atender las necesidades de sus amos, los hoplitas. Por otra parte, no existía una población servil colectiva de carácter étnico, tipo hilótico, más proclive a poder ser utilizada en momentos de emergencia bajo promesa de cierta integración en el cuerpo cívico⁶⁷.

⁶⁴ Arist., *Pol.* 1292 b 3 reconoce que las leyes son menos importantes que la práctica formal. É. WILL, *op. cit.* (n. 10), 609-610 define el régimen corintio a caballo entre la democracia y la oligarquía, con cierto énfasis en ésta última.

⁶⁵ *Op. cit.* (n. 51), 122 y 138.

⁶⁶ El comercio de esclavos era una actividad muy lucrativa y tanto la situación geográfica de Corinto como su condición de eje comercial la convertían en lugar idóneo para su venta, una vez trasladados desde el extrarradio helénico (Ponto Euxino, Cilicia, Iliria, Tracia...). Muchos de estos esclavos terminarían por recalar en el Istmo, aunque no sabemos en qué actividades aplicaban su trabajo; véase Y. GARLAN, *Guerre et économie en Grèce ancienne*, París 1989, 79 y 89. Lógicamente, me sumo al rechazo generalizado de la cifra de 460.000 esclavos para Corinto aportada por Timeo, *apud* Ateneo (*FGH* 566 F 5); cfr. A. W. GOMME, «The Slave Population of Athens», *JHS* 66, 1946, 128; M. FINLEY, *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge 1960, 73-92; W. L. WESTERMANN, «Athenaeus and the Slaves of Athens», en *Athenian Studies presented to W.S. Ferguson*, *HSCPh* supl. I, 1940, 451-470. Para J. B. SALMON, *op. cit.* (n. 1), 168 el total de esclavos no alcanzaría los veinte mil, a una media de uno por familia, mientras J. R. WISEMAN, *Land...*, *op. cit.* (n. 8), 12 eleva la cifra a entre cuarenta y cincuenta mil. Lo cierto es que cualquier tipo de cálculo en este sentido es pura especulación ya que tampoco sabemos el número de familias ciudadanas. M. SAKELLARIOU y N. FARAKLAS, *Corinthia-Cleonaea*, Atenas 1971, 87 y 89 destacan que a lo largo de todo el período clásico se produjo un crecimiento uniforme en el número de esclavos, paralelo al descenso de trabajadores libres por las continuas guerras, que fueron siendo sustituidos por los primeros como fuerza de trabajo al ser más barato su mantenimiento.

⁶⁷ Cl. MOSSÉ, «Le rôle des esclaves dans les troubles politiques du monde grec à la fin de l'époque classique», *CH* 6, 4, 1961, 353-360. En realidad sólo hay testimonio de este proceso en

Pero ¿qué consecuencias internas para la estructura socioeconómica corintia tuvieron los veintisiete años de Guerra Peloponésica? Para estudiarlas debemos de acudir al testimonio arqueológico, que nos permitirá refrendar las palabras con que abríamos este artículo: se produjo un desgaste que, sin embargo, no cristalizó en ningún tipo de crisis o disrupción, sea económica, política, social...

En el descenso de las importaciones corintias de cerámica ática de figuras rojas y en el comienzo de la producción de una versión propia tanto de este estilo como de los *lekytoi* funerarios en la década del 430, fenómeno atestiguado en las tumbas del Cementerio Norte, se ha visto un corte del comercio y una caída del índice de prosperidad de la población, consecuencia de la guerra entablada con la *arche* ateniense⁶⁸. Sin embargo, la cerámica no constituye por sí sola un indicador de comercio y no se trata de una materia prima fundamental, pese a lo cual, como prácticamente único resto de cultura material conservado, ha servido para imaginar a partir de ella todo el panorama económico general de una comunidad. En el caso que nos ocupa sucede, además, que la cerámica ática continúa apareciendo en Corinto durante el período de la Guerra Peloponésica tanto en contextos domésticos⁶⁹ como culturales⁷⁰. Tampoco podemos olvidar que en la segunda mitad

Esparta, con los neodamodes y brasideos, extraídos de la población sometida; cfr. Y. GARLAN, *War...*, *op. cit.* (n. 44), 79-80.

⁶⁸ Así p. ej. H. PALMER en su contribución a C. W. BLEGEN, R. S. YOUNG y H. PALMER, *Corinth XIII: the North Cemetery*, Princeton 1986, 126 y 152; I. MCPHEE, «Attic Red Figure from the Forum in Ancient Corinth», *Hesperia* 56, 3, 1987, 277 con n. 8; *id.*, «Local Red Figure from Corinth, 1973-1980», *Hesperia* 52, 2, 1983, 137-153; *id.*, «Red-figured Pottery from Corinth, Sacred Spring and elsewhere», *Hesperia* 50, 3, 1981, 267-279; S. B. LUCE, «Attic Red-Figured Vases and Fragments at Corinth», *AJA* 34, 1930, 334-343; C. W. J. ELIOT y M. ELIOT, «The Lechaion Cemetery near Corinth», *Hesperia* 37, 4, 1968, 347; M. Z. PEASE, «A Well of the Late Fifth Century at Corinth», *Hesperia* 6, 1937, 258; P. LAWRENCE, «Five Grave Groups from the Corinthia», *Hesperia* 33, 2, 1964, 106-107. *Contra*, B. R. MACDONALD, «The Import of Attic Pottery to Corinth and the Question of Trade during the Peloponnesian War», *JHS* 102, 1982, 113-123; K. ARAFAT y MORGAN, *op. cit.* (n. 24), 338-340; A. STEINER, «Pottery and cult in Corinth: oil and water at the Sacred Spring», *Hesperia* 61, 3, 1992, 391-399, que rechaza la excesiva dependencia de los artesanos corintios respecto de los áticos y se muestra partidaria de elevar la fecha de inicio de la cerámica corintia de figuras rojas a c. 440, sin conexión por tanto con la Guerra del Peloponeso.

⁶⁹ Cfr. los depósitos relacionados y descritos por S. HERBERT, *Corinth VII, 4: the Red-Figure Pottery*, Princeton 1977, 13-27; C. G. BOULTER y J. L. BENTZ, «Fifth Century Attic Red Figure at Corinth», *Hesperia* 49, 4, 1980, 305-306 también recoge ejemplares áticos de finales del siglo V encontrados en Corinto.

⁷⁰ E. G. PEMBERTON, *Corinth XVIII, 1: the Sanctuary of Demeter and Kore. The Greek Pottery*, Princeton 1989, 143-151. Tampoco existe una interrupción en la llegada de vasos áticos de figuras rojas o de barniz negro a Perácora [T. J. DUNBABIN (ed.), *Perachora. The Sanctuaries of Hera Akraia and Limenia II*, Oxford 1962, 351].

del siglo V los vasos propiamente corintios alcanzan con el estilo denominado *Vrysoula*, nombre adoptado a partir de una fuente localizada al este del Barrio de los Alfareros, altas cotas de perfección técnica y estética⁷¹.

A idéntica conclusión, que hubo un empobrecimiento de la población corintia durante la Guerra del Peloponeso, se ha llegado a partir de la constatación del predominio de la forma de enterramiento en cipos, donde el cuerpo era cubierto con tejas vulgares, sobre la inhumación en sarcófago, de mejor calidad y sin duda más costosa⁷². Este argumento pierde considerable fuerza si tenemos presente que los enterramientos en sarcófago comienzan su declive a principios del siglo V, probablemente como consecuencia de la imposición de una nueva moda funeraria, ya que subsisten las tumbas en que el hoyo se cubre con piedras calizas en lugar de tejas, en general con un ajuar más rico que el contenido por los sarcófagos⁷³. Quizá sí puede detectarse un signo de la penuria económica por la que atravesará la ciudad más tarde, durante la Guerra Corintia, en la reutilización de sarcófagos desde principios de la centuria siguiente⁷⁴.

Por contra, un importante índice de prosperidad material, la construcción de obras tanto públicas como privadas, nos sirve para comprobar que el estado corintio, a pesar de sufrir un agotamiento de recursos, no se vio sometido a un período de colapso económico durante la Guerra Peloponésica. Ilustrativos a este respecto son los ejemplos que a continuación detallamos.

El tercer cuarto del siglo asiste a la tercera fase constructiva de la *Stoa* Norte, comunicada con el «Edificio Pintado» y el templo arcaico de Apolo⁷⁵, mientras que en el último cuarto se erige el llamado «Baño del Centauro», probablemente una *λέοχη* o complejo público utilizado como lugar de encuentro y de almuerzo, bastante común en las ciudades dorias⁷⁶. En

⁷¹ E. G. PEMBERTON, «The Vrysoula Classical Deposit from Ancient Corinth», *Hesperia* 19, 1970, 270 se expresa en los siguientes términos: «En muchos de los vasos hay un innato sentido de la proporción, con la adecuada y discreta relación entre la decoración misma... y la forma del vaso. Esto es una característica de la cerámica corintia de sus mejores días y reaparece con los vasos Vrysoula. En general, las formas y motivos decorativos están bien planeados y ejecutados».

⁷² C. W. BLEGEN, R. S. YOUNG y H. PALMER, *op. cit.* (n. 69), 73-74.

⁷³ *Ibid.*, 73-75; Th. L. SHEAR, «Excavations in the Theatre District Tombs of Corinth», *AJA* 33, 1929, 538-546 y «Excavations in the North Cemetery at Corinth», *AJA* 34, 1930, 417 y 426.

⁷⁴ C. W. BLEGEN, R. S. YOUNG y H. PALMER, *op. cit.* (n. 69), 76.

⁷⁵ R. L. SCRANTON, *Corinth I, 3: Monuments in the Lower Agora and North of the Archaic Temple*, Princeton 1951, 163-175.

⁷⁶ C. K. WILLIAMS II y O. H. ZERVOS, «Corinth 1990: Southeast Corner of Temenos E», *Hesperia* 60, 1, 1991, 3; C. K. WILLIAMS II y J. E. FISHER, «Corinth 1975: Forum Southwest», *Hesperia* 45, 2, 1976, 109-115 y C. K. WILLIAMS II, «Corinth 1976: Forum Southwest», *Hesperia* 46, 1, 1977, 45-51.

este último cuarto se construyen igualmente en el área suroeste del foro romano el «Edificio I», identificado con un santuario de culto ctónico y el «Edificio II», un edificio de carácter oficial con acceso al sistema de aguas subterráneas de la Fuente Pirene⁷⁷. Cuatro altares de adobe son incorporados al *temenos* de la Fuente Sagrada⁷⁸. A la construcción griega denominada «Edificio Norte», hallada bajo la basílica romana, se añadió a finales del siglo v o principios del iv una imponente columnata, uno de cuyos muros albergaba tiendas, que tal vez sustituyera a otra ya obsoleta⁷⁹. De c. 415 data el primer teatro en piedra con que contó la ciudad, con asientos de forma simple y un emplazamiento en ligera pendiente, inscrito en un área ocupada por ricas casas y en conexión con un gran patio columnado⁸⁰. En el mismo período se levanta también el teatro de Istmia, que confirma la importancia que el santuario de Posidón adquirió durante el siglo v como centro religioso, deportivo y cultural⁸¹. A finales del siglo v la introducción en Corinto del culto a Asclepio merecerá la edificación de un santuario que un siglo más tarde verá su *temenos* notablemente ampliado y convertido en todo un complejo cultural conocido como el *Asklepieion* y *Lerna*⁸². También en el Barrio de los Alfareros la actividad constructiva se deja sentir en la segunda mitad del siglo v, contrastando con la pasividad que presidió la primera mitad, traducida en la erección de un santuario circular, tres depósitos, un piso de cemento, un pequeño cementerio y un pozo rectangular⁸³.

La industria coroplástica corintia sigue dando muestras de vitalidad y calidad a lo largo de toda la época clásica, con diversas factorías en funcionamiento y sin que se aprecien signos de declive en la técnica y/o produc-

⁷⁷ C. K. WILLIAMS II y J. E. FISHER, «Corinth, 1971: Forum Area», *Hesperia* 41, 1, 1972, 152-153, 164-165 y 172-173.

⁷⁸ C. K. WILLIAMS II, «Corinth, 1969: Forum Area», *Hesperia* 39, 1970, 21.

⁷⁹ H. N. FOWLER y R. STILWELL, *op. cit.* (n. 7), 212.

⁸⁰ Su excavador R. STILWELL (*Corinth II: the Theater*, Princeton 1952, 131) relacionó la erección del teatro con una supuesta recuperación económica del estado corintio tras la Paz de Nicias, pero su hipótesis, basada de por sí en una datación extrañamente precisa, procede de concebir este proyecto como un hecho aislado del resto de la planificación urbanística comprobada para todo este período y, además, de dar por sentado que durante la Guerra Arquidámica se produjo una interrupción *total* del comercio, lo que no es cierto en absoluto.

⁸¹ O. BRONEER, *Isthmia II. Topography and Architecture*, Princeton 1973, 4. Este papel tan destacado que en la vida cultural y religiosa helénica desempeña el santuario ístmico se advierte igualmente en la calidad de los conjuntos escultóricos que lo adornan; cfr. M. C. STURGEON, *Isthmia IV. Sculpture I: 1952-1967*, Princeton 1987, 5.

⁸² C. ROEBUCK, *Corinth XIV: the Asklepieion and Lerna*, Princeton 1951, 22.

⁸³ Para más detalles sobre estas construcciones, véase A. N. STILLWELL, *Corinth XV, 1*, *op. cit.* (n. 29), 29-33.

ción⁸⁴. En particular, la «Factoría de Terracota» del Barrio de los Alfareros se pone en marcha poco después de la mitad del siglo v y en el último cuarto será ampliada con varias estancias anejas. El fenómeno trasciende al ámbito de la metalurgia, donde también se documenta una notable actividad⁸⁵.

En el apartado de fortificaciones continúa la controversia sobre si Corinto levanta los Muros Largos, que unen la ciudad con el puerto de Lequeo y que estuvieron en uso hasta el 146, en la década del 450 o durante la Guerra Peloponésica⁸⁶. Sí parece ser seguro que existió una reconstrucción del sistema defensivo en el límite noroeste de la ciudad a finales del tercer cuarto del siglo v, que C. K. Williams II conecta con los desastres causados por el terremoto de 426 (Th., 3.89.1) o con las necesidades creadas por el conflicto, que hicieron ver que las murallas del protocorintio final habían quedado desfasadas⁸⁷. A los momentos finales del siglo v parece segura la atribución del muro llamado *Cheliotonylos*, dentro de los límites de la *polis*⁸⁸ y, tal vez, el muro oeste que circunda el Barrio de los Alfareros⁸⁹.

Esta fiebre constructiva no se ve limitada al área central de Corinto. El santuario de Deméter y Core en el Acrocorinto, que tenía habilitados catorce comedores para un centenar de personas, dispone desde finales del siglo v de entre veinticinco y treinta, un número de estancias que cumplen esta función no encontrado en ningún otro templo, duplicando así su capacidad en lo que hemos de ver una apertura del culto a la población celebrante, cuya presencia queda justificada al lado de los cargos sacerdotales⁹⁰; en el mismo sentido apunta el hecho de que en este mismo período se adopten mayores facilidades de asiento, aseo y cocina para estos comedores⁹¹. En la península de Perácora un pequeño templo sito en la llanura superior, el «Edificio Z IV» puede fecharse en la Guerra del Peloponeso,

⁸⁴ Véase la bibliografía citada en notas 28 y 29.

⁸⁵ Sobre todo en comparación con períodos posteriores; véase C. C. MATTUSCH, *op. cit.* (n. 31), 382.

⁸⁶ R. CARPENTER y A. BON, *Corinth III, 2: the Defenses of Acrocorinth and the Lower Town*, Cambridge (Mass.) 1936, 82 para la cronología y A. W. PARSONS, en *ibid.*, 84-125 para la descripción de los Muros Largos. Véase también R. A. TOMLINSON, *op. cit.* (n. 7), 76.

⁸⁷ «The City of Corinth and its Domestic Religion», *Hesperia* 50, 4, 1981, 412.

⁸⁸ R. CARPENTER y A. BON, *op. cit.* (n. 86), 82.

⁸⁹ A. N. STILLWELL, *Corinth XV, 1, op. cit.* (n. 29), 62 reconoce que las pruebas son inconclusas.

⁹⁰ Véase N. BOOKIDIS, «Ritual Dining at Corinth», en N. MARINATOS y R. HÄGG (eds.), *op. cit.* (n. 38), 45-61, esp. 45.

⁹¹ *Ibid.*, 47.

mientras los «Edificios A I y A II» parecen pertenecer a algún momento del siglo v⁹². Entre finales del v y principios del iv se llevan a cabo importantes obras de remodelación en los templos de Hera *Limenia* y Hera *Akrea*, santuarios que, a juzgar por los exvotos, ocupan un lugar destacado en los viajes colonizadores hacia el Oeste; además de la construcción de la *stoa* y el Ágora del Hereo, se acondiciona el puerto y la rampa de acceso desde el mismo al templo, se construyen muchas casas y cisternas en el área y se realizan operaciones de fortificación de las dos Acrópolis⁹³.

Resumiendo, si exceptuamos hechos aislados y puntuales como la destrucción del «Edificio del Ánfora Púnica», los hallazgos arqueológicos demuestran que los efectos de la Guerra Peloponésica sobre el estado corintio no fueron tan graves como en un principio podríamos suponer por su activa participación en la misma. Los daños que el conflicto pudo causar al comercio sin duda perjudicarían o incluso arruinarían a ciertos individuos que dependieran de dicha actividad como medio de vida, en especial metecos y ciudadanos de escaso nivel económico, pero el conjunto del cuerpo cívico y, sobre todo, los propietarios de tierras no debieron de resentirse de una forma irreparable, máxime si lo comparamos con la devastación continua del territorio y el desastre económico que traerá consigo la Guerra Corintia. De haber conllevado la guerra resultados más desastrosos, la política interna ciudadana probablemente hubiera dado indicios de agitación y oposición a la clase gobernante, aparentemente estable, y no hubiese perdurado el clima beligerante en la sociedad corintia hasta el 404. Hemos de esperar, pues, a la Guerra Corintia para que la clase hoplítica se vea progresivamente desprovista de recursos económicos y, al mismo tiempo, se inhíba de sus deberes de defensa para con su *polis*, fenómenos ambos que motivarán que ésta última recurra cada vez en mayor medida al uso de mercenarios.

⁹² R. A. TOMLINSON, «Perachora: the Remains outside the Two Sanctuaries», *ABSA* 64, 1969, 173-175, 184-186.

⁹³ H. PAYNE *et alii*, *op. cit.* I (n. 30), 25.

